

RELATOS DE LO OCURRIDO DURANTE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA (1936-1939)

José Clavería Fumanal

Voy a intentar hacer un relato somero de mi vida y de lo que me tocó vivir de la guerra civil de 1936.

El mismo día 18 de julio, estalló la sublevación militar que encabezaba el General Franco.

Me encontraba en Troncedo, en la siega de casa “Sorina”. Como familia que éramos estaba ayudando a la recolección de la cosecha de trigo, que en aquel tiempo todavía se hacía con hoz o segadera como le llamábamos nosotros. Precisamente aquel día nos encontrábamos segando en la orilla del camino y por la tarde pasaron por allí unos vecinos del pueblo que habían ido a Graus a comprar cosas para la siega, como se acostumbraba entonces, puesto que en el pueblo no había tienda donde suministrarse. Al pasar por donde estábamos nos dijeron:

- *“¡Chicos!. No sabemos qué pasa en Graus, nos hemos visto apurados de salir, no nos dejaban salir de allí. Todo era hombres con escopetas y pañuelos rojos. ¡Pasa algo grande! No sabemos qué pero no nos dejaban salir”*.

No sabíamos nadie qué estaba pasando. Hay que pensar que en aquel tiempo, no había medios de comunicación. Toda la información que se iba teniendo, era por medio de alguna persona que saliera fuera o bien algún forastero que venía al pueblo.

Así paso la siega, que duró ocho o diez días.

Ya me baje a mi casa en Formigales, donde estaban mis padres y hermanos. Allí ya era otra cosa, pues aquel año mi padre había comprado una radio en la primavera. No había otro aparato de radio en toda la comarca. Hasta entonces no se conocían, eran de los primeros.

Aquello ya era otra cosa. Allí me entere de todo lo que estaba pasando. Los vecinos del pueblo venían a mi casa a la hora que daban las noticias, para informarse de lo que estaba ocurriendo en España, que no era otra cosa que una guerra civil entre españoles.

Las Fuerzas nacionales, como se hacían llamar, encabezadas por los Generales Franco, Mola y Sanjurjo, trataban de derrocar el gobierno de la Republica, legalmente constituido por votación popular.

En seguida se incorporó al ejército o mas bien fueron llamados a filas mi hermano Mariano, que era el mayor de los tres hermanos. Un poco mas tarde Federico al ejército republicano, que fue la zona de esta provincia que quedamos nosotros, se incorporaron porque el Gobierno llamó sus quintas. Mariano del 36 y Federico del 38.

La capital de Huesca, así como Jaca y parte de la provincia, quedaron dominadas por las Fuerzas nacionales, como se hacían llamar los sublevados, o sea el General Franco y demás.

Aquel verano lo pase muy apurado de trabajo, el acarreo del trigo y la trilla fue muy duro. Quedábamos en casa los padres y la hermana Benilde, dos años más joven que yo. Éramos pocos para la faena que había y además la preocupación de la guerra. Combates todos los días y los hermanos metidos en ellos.

Mama sufría mucho y lo pasaba muy mal, así como todos.

Así fue transcurriendo el tiempo, meses de guerra, combates y más combates. Nosotros en casa con mucho trabajo y preocupación.

Así llegamos al mes de Marzo de 1938, que los Nacionales ocuparon toda esta zona de la provincia que todavía estaba en poder de los Rojos, que era como ellos nos llamaban, excepto el Valle de Bielsa que se hicieron fuertes los Rojos y se formó allí una bolsa que los

Nacionales la llamaron “La bolsa de Bielsa” que se componía del Valle de Añisclo, Peña Montañesa, Valle de Plan, Gistain y Bielsa.

Los Rojos aguantaron unos tres meses. Nada más se comunicaban por el puerto de Bielsa con Francia; lo tenían muy mal para aguantar las embestidas de los Nacionales; de artillería, aviación y toda clase de equipo que los Nacionales tenían, estaban bien equipados; en cambio los Rojos sólo tenían fusiles y alguna ametralladora; para suministrarse de Francia tenían que pasar el puerto a pie y lo tenían muy difícil para aguantar mucho tiempo.

Durante este tiempo, voy a narrar lo que tuve que hacer.

Como digo antes, en el mes de marzo, ocuparon esta zona de la Fueva de la que soy yo; concretamente del pueblo, de Formigales, pueblecito de unos veinticinco vecinos.

El día veintiocho de marzo, que ya se acercaban los Fascistas como les llamábamos nosotros a los Nacionales, mi madre me dijo: *“hijo mío, ya tengo los otros dos hijos en la guerra. ¿Por qué no te marchas a Francia con otros vecinos del pueblo?”*

Así lo hice. No había tiempo que perder. Me puse de acuerdo con los que se marchaban que eran Antonio “del sastre”, Ramón “de botiguero”, Daniel “de sastre portal”, Basilio “de rufas”, José “de cabrero” y Pepe “de larpargatedro”, que soy yo.

Inmediatamente cogí la bolsa o macuto, como le llamábamos, puse alguna muda y los utensilios más indispensables, incluida una bota de vino para el camino.

Mi pobre madre no paraba de darme prisa y consejos.

Nos pusimos en marcha, camino de la Fornosa hacia Campo, marchando a buen paso. Al llegar al leñero de Pallaruelo, vimos que veían tres o cuatro aviones de los Nacionales; nos pusimos bajo un pino y al momento vimos como aquellos aviones echaban bombas sobre Tierrantona y Murillo, al tiempo que oíamos las ametralladoras de los aviones como ametrallaban ratatataaaaaa, por la Fueva. Se nos puso un pánico a todos, que no veas. Pasado aquel bombardeo y desaparición de los aviones, seguimos andando por la Fornosa, camino de Navarra (pueblecito a la orilla del río Esera). Al llegar muy cerca de ese pueblo, otra vez la aviación. Nos escondimos en un barranco y a ver lo que pasaba. En seguida empezó a caer bombas sobre el puente de Murillo, Campo, en la carretera de Graus a Benasque, carretera que teníamos a unos ochocientos metros y era la que teníamos que coger para ir a Benasque. Afortunadamente no le dieron al puente, explotaron las bombas todo el alrededor, pero como digo antes por fortuna no le dieron.

Ya se marchó la aviación y con más pánico si cabe, seguimos camino, pero en ese momento, José Cabrero dijo:

- *“Chicos, que os vaya bien, yo me vuelvo a casa. Para que me maten por esos mundos, que me maten en casa”*

Diciendo esto ya nos habíamos distanciado un trozo, él hacia atrás y nosotros hacia adelante.

Que momento más triste pasamos. Al poco ya llegamos al pueblo de Campo. Allí nos dejó Ramón “de Botiguero”, tenía un hermano en ese pueblo y quería que se fuese con él.

Dijimos: *“Ya nos veremos”*

Él continuó hacia el pueblo y nosotros carretera hacia delante, pues no había tiempo que perder; seguimos hacia Seira (pueblo que estaba en el camino hacia Benasque) llegamos a Seira y más adelante hay un túnel en la carretera, allí casi no se podía pasar. Camiones militares, muchos militares y paisanos todos juntos, pues allí estábamos al refugio de las bombas de la aviación que de cuando en cuando nos visitaban. Allí más tranquilos comimos y bebimos mientras tuvimos gana. Había muchos víveres de los militares y nos dijeron *“ya podéis coger lo que queráis, total lo tendremos que tirar”*. Allí llenamos la bota de vino, pues había muchos toneles llenos, cogimos un jamón y emprendimos carretera adelante hacia Benasque, ya era al atardecer y no teníamos miedo a la aviación.

Estaba la carretera con mucha gente en éxodo, llegamos a la entrada de Benasque ya de noche. Primero esta el puente sobre el río Esera, a la otra parte estaba la caseta de los carabineros que tenían mucha munición y le habían prendido fuego para que no la pudieran aprovechar los Nacionales, ya que estaban en Graus. Allí lo pasamos mal, un tiroteo y explosiones y bombas de mano salían de aquel edificio que era imposible el pasar el puente. Allí estuvimos dos o tres horas esperando que cesaran las explosiones, tiempo que aprovechamos para comer; probamos el jamón, lo encontramos muy bueno. Al fin pasamos y ya en el pueblo la visión era dantesca, casas ardiendo, los camiones militares repletos de víveres, en llamas.

Allí decidimos cambiar el jamón por botes de leche condensada que estaban en un camión que también estaba en llamas; pues pensamos que nos sería de mayor utilidad la leche que el jamón pues le camino era largo y todo pesaba mucho.

¡Qué visión ofrecían aquellas calles en llamas! Carros llenos de gente que emigraban como nosotros, familias enteras que habían echado al carro todo lo que poseían. De Benasque ya no se podía pasar más que andando y con caballerías hacia el hospital de Benasque que era el último puesto. Allí empezaba la nieve y las caballerías no podían pasar de allí.

Desde Benasque valle arriba nos dirigíamos hacia el hospital que así llamaban a la caseta de los carabineros, último puesto fronteras. Bordeando el río hacia arriba, a todo esto, ya era de noche, de tanto en tanto nos encontrábamos con hogueras que hacían la gente para calentarse un poco y comer alguna cosa. Pues la jornada era larga. Nosotros seguimos adelante y un poco antes de llegar al llamado hospital nos paramos en una de tantas hogueras y decidimos pasar lo que quedaba de noche. Tostábamos pan al fuego que llevábamos desde casa, pues todos no tenían pan.

Lo pusimos empanado de leche condensada que habíamos cogido en Benasque. ¡Qué rico nos sabía! Apenas dejamos pan, también quedaba vino en la bota que dimos buena cuenta, luego nos quedamos dormidos al amor de la lumbre.

Cuando amaneció el día cogimos los morrales a cuestras y adelante hacia el Hospital que ya estaba cerca.

Dejamos atrás multitud de gente que iban toda la familia, mujeres, niños pequeños, acompañados de caballerías que iban cargadas de utensilios que luego en el hospital tendrían que abandonar así como el equipaje. De allí ya no se podía pasar mas que personas y de uno en uno, o sea en fila india por un sendero marcado en la nieve. ¡Qué panorama se ofrecía allí al final del valle todo lleno de caballerías sueltas y montones de utensilios tirados! Continuamos por el sendero de la nieve hacia la cima del puerto de La Picada. Mirando hacia adelante todo una cuerda de personas zigzagueando por el puerto arriba, mirando hacia abajo, lo mismo. Como una procesión interminable, aquello era impresionante. Niños que lloraban, mujeres que no se podían tener en pie; el calzado que ya empezaba a romperse por la nieve, algo que no se puede describir.

Al fin a eso de las ocho de la mañana llegamos a la cima del puerto. Allí nosotros salimos de la fila y nos paramos un poco.

Encima de la nieve nos comimos el pan que nos quedaba con leche condensada y apuramos el último trago de vino.

Nos reintegramos a la fila, un poco más animados.

El día era estupendo, lucía un sol esplendido y no hacía nada de viento, cosa que contribuyo a que la gente y niños fueran aguantando.

Empezamos el descenso por tierras francesas, pues la cima delimita la frontera. Hay que resaltar que mientras estuvimos en territorio español teníamos mucho miedo que apareciera la aviación como el día anterior, pues en la nieve éramos blanco seguro, pero gracias a Dios no vimos ninguno en toda la mañana.

Descenso abajo, se adelantaba mas, en algunos sitios se nos hundía la pierna en la nieve hasta la ingle, pero cara abajo se marchaba mejor, ya cuando llegamos al final de la nieve había un paso muy peligroso se formaba allí una garganta que para abajo era un acantilado muy alto, poco trozo como unos doce metros y la anchura de unos treinta cm. Estaba muy helado y había que tomar todas las precauciones; al fin pasamos, pero alguno perdió el equilibrio y se precipitó garganta abajo dando mas vueltas que un ovillo, casi no se alcanzaba la vista. Por desgracia fueron más de uno los que se quedaron allí.

Ya pasado aquello la nieve quedaba atrás. En un recuesto que tocaba el sol nos quedamos descansando un rato, pues los pies ya no podían más. El calcero casi deshecho, pero había que seguir. Reemprendimos la marcha hacia el Hospital francés. Allí si que había guardias. Nos hacían pasar y a los militares, que los había, les fueron quitando las armas. Había allí un montón de fusiles, pistolas y otras armas.

Desde allí ya había carretera a Bañeras de Luchón, pueblo más próximo. Los que tenían los pies más lastimados y no podían más, los trasladaron en coche a Bañeras, los demás andando, había unos diez km. Como pudimos, fuimos andando a duras penas, pues como he dicho antes el calzado ya no aguantaba más. Las mujeres y los niños fueron trasladados en coche.

Al fin llegamos, con apuros, a Bañeras y nos pusieron en unos garajes que ya habían adecuado al efecto. Estábamos allí miles y miles de refugiados sin saber donde ponernos todos hambrientos sin ropa ni calzado, en fin todos hechos una lastima.

Empezaron a darnos comida, ya estaban preparadas las cocinas militares. En unas perolas grandísimas, haciendo sopa de fideos. Todos en fila a coger un plato de sopa y después un bocadillo de sardina de lata. ¡Qué buena nos sabía a todos! Mira si era buena que nos volvimos a colar en la fila y coger otra vez la sopa y los bocadillos, como muchos; pues aquel día no controlaban mucho, cosa que se terminó. En días sucesivos no se podía colar nadie. La comida siguió la misma durante los tres días que estuvimos en Bañeras. Los días 30, 31 de Marzo y 1 de Abril. Aquello era como se puede suponer una multitud de personas que no nos podíamos mover.

En el transcurso de esos días los que eran militares ya fueron separados y obligados a regresar a España, a Port Bou por Cataluña, los no militares, mujeres y niños nos llevaron en tren a la capital de Piregeaux.

Antes de proseguir, quiero resaltar, que en Luchón nos trataron dentro de las posibilidades muy bien. La gran multitud que allí nos encontrábamos, no se podía hacer nada más.

Me recuerda la buena impresión y lo bonito que me parecía todo aquello de Bagnieres de Louchon; todo verde, algo que no olvidaré.

El día dos de Abril salimos en tren hacia Perigeaux sobre las diez de la mañana, pasando por algunas capitales como Toulouse y otras que no recuerdo, pero sin parar en ninguna, bueno parar si, pero no nos dejaban salir del tren. Llegamos sobre las diez de la noche a Perigeaux; una capital bastante grande muy adentro de Francia. Nos alojaron en un colegio grande. Allí había comedores y salas para dormir en camas individuales. Nos dieron cena en mesas y sentados, todo muy bien. Después de cenar a descansar pues estábamos todos cansadísimos del viaje y los días que estuvimos en Louchon tan amontonados, porque no había sitio para todos los que estábamos allí; en fin ahora ya nos encontrábamos bien instalados.

A las ocho de la mañana a levantarse y a asearse pues había lavabos, después a desayunar en el comedor, luego salir al patio que era grandísimo donde pasábamos el día; a las doce a comer, nos daban buena comida.

Estábamos allí unos seiscientos y había mesas y camas para todos, por la tarde lo mismo; pasear por el patio, charlar y comentar la situación y pasando el tiempo lo mejor posible.

A la calle no nos dejaban salir, como era natural. A las siete de la tarde la cena y una hora mas tarde todos a dormir. Así todos los días mientras estuvimos allí. Lo peor era si algún día llovía y no podíamos salir al patio; pero por suerte no llovió muchos días.

Durante estos días que estuvimos aquí, o sea desde el día dos de Abril por la noche hasta el diecisiete del mismo mes, yo tenía un tío en Paris llamado Jesús. Le escribí diciéndole donde me encontraba y efectivamente, a los pocos días llego allí. Me trajo ropas que me fueron muy bien, pues estábamos desarrapados, también me dio algunos francos, pues el dinero que llevábamos nosotros no lo quería; para ellos no tenía valor.

Charlamos de muchas cosas, pues con el hacia ya años que no nos habíamos visto. Preguntándonos por todos los conocidos con preferencia claro está por mis padres y hermanos. Por todos se interesó mucho. Lo pasamos muy bien todos juntos. Se había traído una maquina de cortar el pelo, pues hay que recordar que el cuando estaba en el pueblo ya nos cortaba el pelo. Era aficionado y en el pueblo no había mas cortapelo que el. Nos repaso a todos y nos dejo como nuevos. Como he dicho antes, nos trajo algunas ropas como camisas, pantalones y calzado.

Él ya no dijo: “*ganará la guerra Franco*”.

Quería llevarme a su casa pero no lo permitieron, pues hasta aquellos días lo permitían, pero había llegado una orden revocándola. Tenía que hacer un papel de su Ayuntamiento autorizándolo para estar con él. Así que tuvo que marchar sin mi pero con la esperanza de llevarme otro día que volvería con el dichoso papel. Esto era sobre el once o doce de Abril y el día diecisiete por la tarde ya nos obligaron a regresar a España para eso nos hacían pasar por una oficina allí en el patio de uno en uno, donde preguntaban: “*¿Dónde quiere ir, a Hendaya o Port Bou?*”, Hendaya era la zona de Franco y Port Bou la zona roja o republicana. Nosotros deliberamos un poco para decidir donde ir. Como nuestra casa estaba en la zona de Franco, decidimos entre todos ir a Hendaya. Desde la oficina ya nos separaban, los de Hendaya a un lado y los de Port Bou a otro. Allí mismo en el patio el jaleo que armaron los que iban a Port Bou. Los hasta entonces compañeros, al ver que nos íbamos con los fascistas, como les llamaban a los de Franco, suerte de los gendarmes que allí había, sino nos linchan a todos. De tantos como allí estábamos, solo unos cincuenta salimos para Hendaya.

En cuanto terminaron de pasar por la oficina todos nos sacaron de allí inmediatamente, pues nos vociferaban de mala manera. Nos decían “*cabrones, traidores, os hemos de matar a todos*” y muchas lindezas mas que no quiero recordar. Nosotros con la cabeza baja no nos atrevíamos a decir ni palabra, como ya he dicho antes, suerte de los gendarmes. Ya fuera de allí nos llevaron andando por las calles de la capital hasta la estación del ferrocarril, en seguida nos pusieron en un vagón escoltado por los gendarmes, esperando que pasara algún tren para acoplar el vagón. Así fue, antes de hacerse de día ya estábamos en la estación de Burdeos nos bajaron del tren y nos pusieron en un almacén de aquella estación y el gendarme de la puerta sentado esperando el tren que a las ocho de la mañana nos transportaría a Hendaya.

Voy a contar una anécdota curiosa que nos sucedió allí. Al rato que estábamos en el almacén cada uno acomodado como podía vimos que el guardia de la puerta que nos vigilaba estaba dormido, sentado en una silla junto a la puerta con el fusil entre las piernas y la puerta abierta; como Antonio de sastre tenía allí un hermano en Burdeos, decidimos salir los cuatro y deambulamos un rato por fuera de la estación. Se divisaba toda la capital y Antonio que ya había estado alguna vez en Burdeos con su hermano nos decía: “*Mirad aquellas casas de*

allá, por allí vive mi hermano, ¿qué os parece nos marchamos allí en vez de volver a España?”

Estuvimos un rato indecisos, sin saber qué hacer. Al fin decidimos volver a la estación porque pensamos, si nos vamos nos cogerán y a lo mejor es peor. Así lo hicimos, volvimos al almacén donde habían quedado los compañeros, y el guardia que entonces ya estaba despierto al vernos allí que veníamos de fuera, se quedó con una cara de asombro que no se lo podía creer. Nos dijo no sé que cosa de mal humor, pero como no le entendíamos ni sabemos qué es lo que dijo.

Como ha se hacia la hora del tren, las ocho de la mañana, nos condujo al vagón reservado para nosotros. En ese vagón no iba nadie más que nosotros y los dos guardias que nos conducían. El tren era el expreso Burdeos-Vizcaya. Sobre las doce del mediodía llegamos a Hendaya, pasamos un viaje muy bueno. Era el día 18 de Abril, Pascua de Resurrección. El tren estaba abarrotado de gentes que salían a pasar el domingo por las Landas, unos pinares impresionantes y por allí andaba la gente por las sombras, pues hacia un día soleado, estupendo.

También tengo que destacar que esos pinares los explotaban para la recogida de resinas. En todos los pinos se veía tres o cuatro cacharros colgados al tronco, previamente habían hecho en el tronco unas hendiduras en forma de uve y allí estaba colgada la latita para recoger las gotas de resina que por allí iban cayendo.

Como digo anteriormente el viaje fue muy entretenido.

Ya Hendaya, allí nos bajaron del tren siempre escoltados por los gendarmes que nos acompañaban. Nos llevaron a la aduana que se encontraba en la punta del puente que une Hendaya con Irán, un puente largo. Allí el gendarme de la aduana nos recibió de manos de los gendarmes que nos acompañaban, nos dijo el gendarme de la aduana: *“¿Dónde vais desgraciados? En cuanto lleguéis allí os van a matar a todos. Todos los días vemos como les disparan hasta que los matan.”* Todo esto en perfecto español.

Como se puede suponer el ánimo que se nos puso a todos no es para contar. Le rogamos al gendarme que no queríamos pasar, que nos quedábamos allí pero él nos contestó: *“Ya es tarde, ahora tenéis que pasar y adelante”*.

Ya es de suponer con qué ánimo cogimos el puente internacional de Irún. Es un puente largísimo o por lo menos a nosotros nos lo pareció.

Fuimos lentamente avanzando por el puente y cuando ya estábamos cerca de la punta del puente ya se divisaban los guardias civiles españoles, el miedo iba en aumento y apenas nos movíamos. Los guardias ya notaban que teníamos miedo y al fin nos llamaron: *“Eh, ustedes, no tengan miedo y vengan más de prisa, que aquí no se mata a nadie. ¿Qué os ha dicho ese cabrón de francés?, que aquí os íbamos a matar, ¿no es así?”*.

- *“Sí, señor”* le contestamos a coro.

-*“Pues venga, adelante, que aquí no se mata a nadie, ya lo sabemos de otros días que a todos les dice igual ese cabrón.”* El animo se nos levanto, ya un poco mas sonriente nos acercamos a ellos. ¡Qué momentos más emocionantes pasamos todo el grupo! Ya entre la ilusión y la duda que a todos nos embargaba, nos dieron la mano uno a uno y nos daban palabras de consuelo que buena falta nos hacía.

¡Que momentos mas emocionantes!, que aún ahora al escribirlos se me pone la carne de gallina, como vulgarmente se dice.

Desde allí nos llevaron a una oficina para hacernos la ficha correspondiente, sacándonos una foto de carnet a cada uno y tomándonos declaración. Registrarnos para ver qué llevábamos, incluido el dinero. Todos llevábamos dinero de la republica que nos lo recogieron dándonos el correspondiente papel donde anotaban las correspondientes series por si algún día les daban valor. Pues hay que saber que la moneda de los rojos no tenía valor en la zona nacional. Pues ellos tenían otra moneda. Por suerte yo tenía unos francos que me

había dado mi tío Jesús el día que nos vino a ver a Perigeaux. Me los cambiaron por moneda de los nacionales y así me convertí en el único del grupo que tenía dinero. La verdad, no lo necesitábamos. Nos daban comida y nos trataban bien. Pues si dijera lo contrario mentiría.

Por la tarde todos en grupo, eso sí, nos permitieron campar por las calles de San Sebastián. Se veía mucha gente toda animada como si no pasara nada. Guardias civiles, muchos militares y lo que más me llamo la atención fue muchas monjas tranquilas, sin prisas. Otra cosa me extraña, ver por todas las calles las gentes de ambos sexos con boinas rojas y camisa azules.

Por la tarde nos llevaron en tranvía que circulaba desde San Sebastián a Fuenterrabía, que es un barrio de las afueras. Está esto en un montículo metido en el mar, rodeado de agua por todas partes menos por una, por la que entramos.

Había muchas casas y paseos, todo verde. ¡Qué bonito resultaba todo aquello! Ver los barcos, en el mar y en tierra, todo verde. Resultaba precioso y al otro lado de la ría se divisaba el territorio francés que poco antes habíamos dejado.

¡Cuántas emociones y recuerdos se agolpaban en nuestra cabeza!

Desde allí como tenía dinero, llame por teléfono a Zaragoza al cuartel de la Guardia Civil, pues tenía allí a mis tíos Joaquín y María. Que el tío Joaquín era guardia civil y con la dirección que llevaba yo pude contactar con ellos, pues hacia mas de dos años que no sabíamos de ellos ni si les había ocurrido algo durante la guerra.

¡Qué emoción sentía yo! A ver si me contestaban y más si cabe yo no había hablado nunca por teléfono. Al fin se pone al aparato mi prima Feli que es la hija mayor de mis tíos. NO me entendía, pues estaba tan emocionado y nervioso que no veas. Al fin hablamos un poco y supe que todos estaban bien. Ella también se puso muy contenta de saber de nosotros. Me preguntó “¿Pero dónde estás?”. Yo le contesté en Fuenterrabía al lado de San Sebastián. Ya mas tranquilo después de los miedos que había pasado al regresar a San Sebastián.

Nos llevaron a cenar al Auxilio Social, bastante bien dadas las circunstancias, depuse a la estación de ferrocarril, donde nos alojaron en un almacén que había mucho esparto esparcido por el suelo y allí nos tumbamos a dormir y dormimos, ¿por qué no?, después del día tan atareado que habíamos llevado.

No he mencionado que ya en Perigeaux habíamos notado la presencia de piojos y chinches en cantidad, pero aquí en este almacén había muchos mas. Cuando nos despertamos ya no podíamos conciliar el sueño de nuevo, pues parecía que el esparto se movía de tantos que había, cosa por lo demás normal en un país que hacia dos años y medio que estaba en guerra donde la higiene como es natural brillaba por su ausencia, por lo demás bien.

Por la mañana del día siguiente 19 de Abril, nos levantamos sobre las siete a desayunar un poco de café con leche, le llamaban “agua chirri” pero por lo menos estaba caliente que nos vino muy bien para entonar el cuerpo y luego a las ocho al tren con dirección a Zaragoza; en el camino nos dieron un bocadillo de sardinas con bastante pan, ¡qué bueno nos sabía!, pasando un viaje distraído viendo tantos pueblos y paisajes que nunca habíamos visto. Así sobre las cuatro de la tarde llegamos a la estación del Norte de Zaragoza. Desde allí nos condujeron al Gobierno Civil que se encontraba en el Paseo de la Independencia frente a la Plaza de Aragón, andando que hay un buen trecho. Ese día era fiesta nacional, por las calles había mucha gente y un bullicio bastante animado. Andábamos muy cansados y ver tantas gentes con boinas rojas y camisas azules y casi todos llevaban corrajes en bandolera, incluido las mujeres, sobre todo las más jóvenes. Todos nos miraban, una cuadrilla de unos 50 conducidos por dos guardias que eran soldados requetés, por supuesto con boinas rojas y nosotros bastante mal vestidos, pues desde que habíamos salido de casa no se había cambiado nadie, pues no había recambio, bueno, excepto yo que sin pretensiones era el mejor vestido. Como ya he contado, cuando estuvo mi tío a visitarme me trajo ropa, que llevaba puesta, así que sin farol, era el mejor vestido.

Andando, andando, ya bastante cansados, llegamos al Gobierno Civil, allí esperando mientras uno de los guardias entro dentro del Gobierno para ver donde nos alojaban mientras esta espera, vi allí cerca un grupo de tres Guardias Civiles y sin pensarlo dos veces me acerqué a ellos para preguntarles por mi tío Joaquín a ver si lo conocían, ¡cuál no sería mi sorpresa al comprobar que uno de aquellos guardias era mi tío Joaquín!, ¡qué emoción para los dos! Nos abrazamos efusivamente durante un buen rato, como es de suponer con lágrimas en los ojos y emocionadísimos entonces vino conmigo a donde se encontraba el grupo y saludar a los compañeros del pueblo. Todos muy emocionados preguntando unos por los otros. ¡Qué contentos estábamos todos!

Entonces el tío Joaquín fue a hablar con el guardia que estaba al cargo nuestro para ver si yo y otro compañero, Antonio de sastre, que era vecino de mi casa, por eso conocido de mi tío podíamos ir con él a su casa y le dijo que sí, siendo un guardia civil confiaba en su palabra; con tal que al día siguiente a las ocho de la mañana estuviera en la estación del Norte, pues nos tenían que conducir a Huesca. Así se hizo, mientras que los demás de la expedición eran conducidos a un asilo para cenar y pasar la noche.

Tío, Antonio de sastre y yo fuimos a su casa, que era el cuartel de la Guardia Civil de Zaragoza. Nos llevó en el tranvía que pasaba por delante del cuartel, cosa que nos vino muy bien, pues los pies los teníamos lastimados de tanto andar.

Ahora viene lo bueno, al vernos entrar en casa, la tía María y las tres hijas. Feli, que era la que había hablando conmigo el día anterior por teléfono, Conchita y Pilarín. Se me abalanzaron encima, todas a la vez con suspiros llorosos de alegría, que no puedo describir. Yo tampoco podía hablar de tanta emoción. Al rato, ya mas tranquilos iban preguntando por todos, mis padres, hermanos y demás del pueblo alegrándose mucho al saber que todos se encontraban bien y de no habernos pasado nada a ninguno después de tanto tiempo sin saber unos de otros. La emoción como puede suponerse era indescriptible. Ya los ánimos más tranquilos nos prepararon algo de comida y bebida, pues lo necesitábamos. Entre preguntas y respuestas se pasaba el tiempo sin darse uno cuenta. Ya se hizo la hora de cenar, más tarde de lo que ellos acostumbraban. Se paso el tiempo tan a gusto comentando las cosas que habían ocurrido. Ellos también contaban las suyas. La cena se pasó despacio, pues había mucho que hablar y no se terminaba. Ya rendidos nos fuimos todos a descansar.

Al día siguiente nos levantamos y después de desayunar teníamos que estar como he dicho antes a las ocho en la estación del Norte, para unirnos a la expedición que nos había de conducir a Huesca. Antes la tía María nos había preparado unos buenos bocadillos que muy a gusto los aceptamos. Después de despedirnos con lágrimas en los ojos de emoción, el tío Joaquín nos acompaño a la estación. Allí nos esperaba la expedición, como era de reglamento, el tío nos presentó al encargado de la expedición, y subimos al tren; no sin antes despedirnos del tío y darle las mas expresivas gracias por lo que había hecho por nosotros.

El tren se puso en marcha camino a Huesca. ¡Qué bonito me parecía el paisaje!, con lo contento que estaba después de haber pasado aquella noche tan maravillosa en casa de los tíos. ¡Que fascinante me parecía todo aquello!

Al fin Huesca. Esto era el día 20 sobre las doce del mediodía. Nos llevaron al Gobierno Civil, después de consultar las listas y demás protocolos, el guardia que nos acompañaba había terminado su cometido y despidiéndose de todos nosotros correctamente, como así había sido su comportamiento durante el viaje pues no teníamos nada que reprocharle, mas bien le estábamos agradecido.

Después de todo esto nos llevaron a comer a un asilo o comedor de Auxilio social como le llamaban entonces. Ah, y nos dijeron en el Gobierno Civil, que después de comer ya nos podíamos marchar cada uno a nuestras casas por el medio que pudiéramos. Hay que recordar que entonces no había ningún servicio público, todo tenía que ser por camiones militares que quisieran llevarte.

Ya sentados en el comedor del asilo que era llevado o regentado por curas y monjas, como es natural nos hicieron poner de pie para rezar y dar gracias a Dios antes de comer. Así pues rezamos el Padre nuestro y el Ave María. Después de persignarnos, a comer.

¡Qué contentos estábamos! La comida era buena, por lo menos a nosotros nos lo pareció. Después de comer nos dijeron que ya podíamos marcharnos cada uno a nuestras casas como pudiéramos.

La solución era en aquel tiempo, ir a las gasolineras porque allí paraban los camiones militares a repostar. Si tenias suerte te llevaban donde tenías que ir. Así fue, marchamos a la gasolinera y al poco de estar allí llegó un camión cargado de pipas de vino (toneles) que lo transportaba a Labuerda para los militares que estaban allí, pues hay que decir que al ser liberada toda esta zona, quedó una parte entre Laspuña, Peña Montañesa, Escalona y río Bellós que el ejército republicano se atrincheró allí en esa parte e hizo frente al ejército nacional. Esa zona se le llamó la “Bolsa de Bielsa” donde el ejército republicano resistió unos tres meses. Estaban sitiados pero se comunicaban con Francia por el puerto de Bielsa, claro sólo podían pasar personas lo que podían pasar al hombro, era lo que servía para ir sobreviviendo en la zona esa. Algunas municiones y víveres para ir resistiendo.

Esto lo dejamos para otra ocasión.

Le decimos, al conductor del camión: “¿Dónde se dirige usted?” Se miro un papel, se ve que era la hoja de ruta y dijo: “No sé ni dónde voy, pues no he estado nunca por allí, a Labuerda me ponen en el parte”.

- “Hombre, eso lo conocemos nosotros, - le dijimos -, somos de cerca de allí, si nos pudiera llevar, ¡qué favor nos haría!”

- “Hombre, eso está hecho, venga, suban arriba del camión. ¡Ah! ¿Alguno de vosotros lleva alguna bota o algo que sirva para poner vino?”

Yo le conteste: “Aquí traigo una bota que me traje de casa”

“A ver esa bota”, dijo el chofer.

La saqué del saco y se la entregué.

¡Qué contento se puso el hombre! Y nosotros más. Al ver que habíamos tenido tanta suerte. Llenó la bota de vino con una goma que llevaba y a beber todos.

Así que ya habíamos empujado la bota un par de veces dijo: “Venga, subid al camión, y el de la bota conmigo en la cabina”

Así fue, emprendemos viaje hacia Barbastro. Por el camino charlando con el conductor de todas las incidencias que habíamos pasado, llegamos a Barbastro. Allí paró un rato. Tenía que visar la hoja de ruta por el comandante militar de Barbastro. Ya una vez cumplimentada dicha diligencia, continuamos viaje hacia Ainsa, ya desde Barbastro.

Nuestra ilusión se iba subiendo al máximo. ¿Cómo podíamos pensar que estábamos muy cerca de nuestras casas?

El camino parecía que se nos hacía largo.

Al fin Mediano, punto donde teníamos que dejar el camión, pues era el punto más cerca de Formigales. Entonces no había carretera como ahora.

Le dije al conductor que ya habíamos llegado al punto donde teníamos que dejarlo pues era el punto más cercano de nuestro pueblo. Así lo hizo, paró el camión y echamos un trago de vino de la bota y como quedaba poco en la bota, subió él al camión y puso un poco más para que tuviéramos para el camino. Echamos un nuevo trago todos juntos, pues al conductor también le gustaba.

Después de darles las más expresivas gracias nos despedimos del conductor que también estaba muy contento de habernos podido llevar hasta cerca de nuestras casas. Pues se le notaba que era un hombre muy bueno y con ganas de hacer el bien en todo lo que podía. Y se marchó el camión dirección Ainsa Labuerda.

Nosotros cogimos los macutos que teníamos al hombro y camino adelante, pues teníamos hasta Formigales, unas tres horas andando. Ya anocheecía, pero no nos preocupaba en absoluto, ese camino lo conocíamos muy bien, lo habíamos hecho muchas veces. Así fuimos marchando todo contentos pensando que cada paso que dábamos nos acercaba más a casa.

¡Qué alegría sentíamos todos de pensar que pronto estaríamos en casa con nuestros padres y hermanos!

Al fin sobre las diez de la noche llegamos a Formigales. ¡Qué ilusión sentíamos todos de pensar que ya estábamos en nuestras casas! Una duda nos embargaba, ¿la familia estaría bien, como la dejamos?, pues no habíamos sabido nada más de ellos, ni ellos de nosotros desde que habíamos salido de casa.

Después de chocarnos las manos fuertemente nos despedimos y cada uno a su casa.

Al llegar a mi puerta, estaba abierta, y no tuve que llamar (en casa era costumbre no cerrar la puerta hasta que se iban a dormir), entré y lo primero que me encuentro fue el perro Matías como así le llamábamos. Más contento, dando saltos y brincos alrededor mío. El perro no ladró como era costumbre cuando entraba alguien conocido en casa. Los demás no se enteraron que llegaba y así fui subiendo por la escalera y ya en la sala acompañado del perro que no me dejaba, di alguna voz. “*Papa, mama*”, pues se oía hablar en la cocina que estaba más retirada, saliendo mama.

- “*¿Quién llama?*”

Casi se desmaya al verme a mí allí.

- “*Hijo mío, ¿ya estás aquí?*”

¡Qué alegría! Y nos fundimos en un abrazo muy fuerte.

Seguidamente salieron papa y las hermanas Benilde y Encarnación que eran los que estaban en casa. Todos en una piña abrazados, llorando de alegría. No se puede describir la emoción que todos sentíamos en aquellos momentos.

Todos contentos y alegres de habernos encontrado de nuevo en casa y todos bien después de haber pasado tantos días sin saber unos de otros. Ellos más penas que yo, pues yo en aquel tiempo, no pensaba en penas y a pesar del viaje duro que habíamos tenido a mi me pareció una experiencia extraordinaria que nunca olvidaré.

Pasados los primeros momentos de alegría allí todos juntos mama dijo: “*Hala, hijo, pasa a comer algo que debes estar muy hambriento y mientras tanto nos iras contando más cosas de cómo te ha ido por esos mundos de Dios*”

- “*¿Cuántas penas hemos pasado en estos tiempos! A menudo nos preguntábamos, ¿qué habrá sido de Pepe, si lo veremos más? Gracias a Dios ya estás aquí.*”

Pasamos a la cocina. En seguida me preparó algo de cenar. Gana no faltaba, pues desde Huesca no habíamos tomado nada más, solo el vino que nos había dado el conductor del camión.

Así fue pasando la velada. Comí no sé cuanto, pero mucho. Papa bajo a la bodega y subió un porrón de vino de casa. ¡Qué fresco y bueno me sabía!

Contándonos cada uno las cosas que habían pasado en esos días que habíamos estado separados.

Se prolongó la velada hasta las tantas, nadie teníamos ganas de ir a descansar, todos allí felices y contentos. Hasta que al fin papa dijo: “*Bueno, hijos, estamos todos aquí muy bien y contentos, pero es menester que después de tantas emociones lo dejemos para mañana y vayamos a descansar*”

Así se hizo. Un fuerte abrazo de nuevo y a la cama.

Al día siguiente yo fui el último a levantarme. ¿Qué bien había descansado en mi cama de nuevo!

Después de almorzar a trabajar, pues había mucho que hacer, no sabía por donde empezar. Pues creo que ya he dicho antes que mis hermanos Mariano y Federico estaban en el frente, o sea, en la guerra, y en casa no había quien trabajara más que papa y yo, bueno, y las hermanas. Benilde también ayudaba lo que podía, Encarnación era pequeña y no tenía mucha salud, la pobre. Papa era un poco mayor y no podía entenderse más que de los huertos y le sobraba. Pero en fin, poco a poco todo se iba haciendo, por lo menos lo que más prisa tenía, pues había mucha faena que hacer. Así transcurrieron los días.

Ya he comentado antes “la bolsa de Bielsa” donde los republicanos se habían hecho fuertes y resistían al ejército nacional, tal como se llamaban entonces y llegó una orden al alcalde del pueblo del comandante militar que obligaba a que mandaran cuatro vecinos del pueblo, cada uno con su caballería de comboy y en esta tanda me tocó a mí. Eran tandas de ocho días que se irían relevando, cada uno cuando le tocara. Consistía en ir a Labuerda y ponerte a disposición de los militares para transportar víveres y municiones donde hiciera falta. En esa primavera me tocó a mí tres veces ir a Labuerda y desde allí transportar con los mulos víveres y municiones.

Me toco, dos veces de Labuerda a Araguás y otra de Labuerda a Puyarruego, que fue cuando los militares emprendieron la ofensiva para terminar con la “bolsa de Bielsa”. Aquellos días lo pasamos mal; cañonazos y tiros por todas partes. Al fin, después de dos días de lucha, los rojos se marcharon a Francia y terminaron la odisea de “la bolsa de Bielsa”. Ya terminado nuestro servicio a los militares, a casa de nuevo. Como se puede suponer, los apuros de casa iban en aumento. Ya llegó la recolección del trigo; apuros para segararlo y atarlo a fajos, como se hacía entonces. De atar se encargaba papa. Tengo que hacer constar, que entonces la siega se hacía con hoz o segadera como le llamábamos nosotros.

Mi hermana, yo y alguna moza que encontrábamos a segar y hasta nos permitíamos cantar alguna canción de tanto en tanto para distraernos y hacer más llevadero el esfuerzo tan fuerte que teníamos que soportar.

Mi madre nos traía en una cesta grande la comida, que casi no podía con ella, pues había que traer la comida y la merienda para todos.

De tanto en tanto, nos parábamos a beber para soportar el calor y la fatiga. Papa nos acercaba el botijo, un trago y a segar otra vez. Así se fue pasando la siega, más o menos.

Luego llega la trilla, que si la siega es dura, la trilla lo es mucho más. Papa se cuidaba de los huertos. Después de la siega había que regarlo todo, sino no habría patatas, hortalizas, tomates, en fin, de todo lo de la huerta, pues no era como ahora que traen de todo lo que quieras comprar. Entonces si no se producía en casa no había nada y lo peor ni dinero para comprar. Se tenía que pasar con lo que había en casa.

La trilla era pesadísima, había que traer los fajos de trigo del campo a la era. Cada día, para poder trillar, eran necesarios hacer cuatro o cinco viajes. Cada mañana después de tender la pallada, almorzar para después enganchar el trillo a las mulas y vueltas y vueltas hasta que la parva estaba menuda y la paja ya quedaba separada del grano. Se desenganchaban las mulas del trillo. Cuando esto ocurría ya era las doce y media de la mañana, por lo menos. Se llevaban las caballerías a la cuadra para que comieran y descansaran, pues también ellas llevaban lo suyo de trabajo. Nosotros también comíamos algo y a coger las horcas, recoger la paja primero y llevarla al pajar. Luego otro repaso y quedaba más menuda para aventar, quiere decir esto separar la paja del grano, tirándola al aire con las horcas para que el grano cayera al suelo y la paja se la llevara el viento. Con el solero se hacía lo mismo. Esto era el grano, se retavillaba y se ponía en un montón en la sombra del nogal y se iba escobando la era hasta que quedara limpia. La operación de limpieza del grano era lo mismo que se hacía con la paja, con una pala tirarlo a lo alto y la paja y polvo se marchara lejos y el grano caía al suelo. Una vez recogido todo nos sentábamos a la sombra de la morera y a comer, pues se estaba muy cansado; pero había mas

ganas de descansar que de comer. Terminada la comida hacíamos un rato de siesta que nos sentaba muy bien. Había tanta faena que no podíamos con toda. Después de la siesta había que pensar en coger las caballerías para ir a buscar fajos de trigo para trillar al día siguiente.

Cuando llegábamos del primer viaje, mama ya estaba de nuevo en la era con la merienda, que casi todos los días se componía de ensalada y tortilla de patata, nos sabía a gloria. Era la comida que mas a gusto hacíamos durante el día.

Otro viaje lejos y cuando llegábamos en la era del segundo viaje ya casi era de noche. Cargar los sacos de trigo y llevarlos a casa. Así todos los días hasta que se terminaba la trilla. Cuando se terminaba, no teníamos ganas más que descansar y dormir.

Después de un par de días de descanso, ya se encontraba uno mejor.

Aquel año fue trágico. Nada más terminar la trilla, una tarde de aquellas, nada mas levantarme de dormir la siesta, me llama mama.

- *“Oye, Pepe, tienes que ir a casa del sastre, pues ha llamado Antonio, que cuando te levantas fueras por allí, que corría prisa.”* (Antonio era el vecino)

Marché en seguida. Al llegar allí lo encontré con el Sr. Ramón de Torres que era el alcalde del pueblo. Los dos con cara seria.

Yo, al verlos así, ya me temí que algo gordo pasaba, en efecto, así era. El Sr. Ramón me alargó un telegrama que llevaba en la mano, y me dijo: *“Toma, míratelo”*

Mi asombro llega al límite, cuando leo el telegrama y ponía, nada menos, que mi hermano Federico había muerto el día 31 de julio de 1938, en el frente del Ebro y estaba enterrado en Venta de Mareo (Tarragona).

Lo mandaron al Sr. Alcalde para que nos lo comunicara.

Yo no salía de mi asombro. ¡Qué pena tenía! Lloraba y lloraba sin saber qué me pasaba.

Al fin me hizo reaccionar el Sr. Alcalde. *“Ahora a ver quien se lo comunica a tus padres, por eso te hemos llamado a ti, para que se lo hagas saber como puedas; pues seguro que se conformarán mejor si se lo comunicas tu que no que lo haga yo”*

El problema gordo, venía ahora. ¿Cómo podría decir a mis padres que Federico había muerto? Al fin, como pude hice ánimos y marché a casa.

Mama al verme tan serio con la cara llorosa, exclamó: *“¿Hijo mío, qué pasa, qué te ha dicho Antonio? No me ocultes nada.”* En estas apareció papa. Al vernos a los dos con aquella cara exclamó lo mismo: *“¿Qué pasa hijo, te han comunicado alguna mala noticia? Cuéntanoslo ahora mismo”*

A mi no se me ocurrió otra cosa que les dije: *“Miren, Federico ha muerto en el frente del Ebro”*

Se me abrazaron los dos. Todos llorando. No sé cuánto tiempo estuvimos así. Al fin papa muy doloroso en esto pero no nos queda más remedio que sobreponerse como podamos. Lo mas difícil era mama, no había manera de consolarla, un desespero que no había manera de que se fuera haciendo a la idea. Pero no había mas remedio que ir asimilándolo como mejor se pudiera, pues para todos era una situación dolorosa que había que ir superando.

Luego llegó la hermana Benilde, que estaba por allí y no se había enterado, otra vez, poco más o menos, la misma escena. ¡Qué doloroso me resulta poder narrar estas escenas que al recordarlas, se me pone la carne de gallina como vulgarmente se dice!

Como pudimos, entre todos nos fuimos recuperando dentro de lo posible. Mama era la que no había consuelo para ella. Nada más hacia que suspirar y decía: *“Este ya sabemos que está muerto, pero, ¿y Mariano, dónde estará, igual le han matado también?, y luego se te llevarán a ti. No se puede resistir esto”*

En fin, era de un verdadero desconsuelo. Pues Mariano, tampoco sabíamos dónde estaba. Sabíamos que también se encontraba en el frente del Ebro, pero por la parte Roja. Así

que igual se habían matado entre ellos. ¡Que brutalidad es pensar esas cosas!, pero todo era posible, porque Federico se encontraba en la parte Nacional.

Así fuimos pasando el verano, con más penas que glorias; esto era en el mes de Agosto y para el 8 de Septiembre, ya tenía que incorporarme al Ejército. No veas otra vez se reproducían las escenas de dolor.

Mama no paraba de exclamar: *“No es bastante con haber perdido un hijo, que ahora me maten el que me queda”*

En fin de desastre era aquello. De tres que éramos, sólo se quedaban con la hermana Benilde.

Llegó el 8 de Septiembre y me tuve que incorporar al Ejército.

Por aquello de si podía tener alguna ventaja, en vez de incorporarme en Huesca, me fui a Zaragoza, pues estaba allí mi tío Joaquín que era Guardia Civil y tenía muchos conocidos.

Se lo explique, y me dijo: *“Te incorporas aquí en Zaragoza, yo conozco al Comandante de la caja de reclutamiento y ya veremos lo que puede hacer”*

Así fue, me incorporé allí y dijo el Comandante, a propuesta de mi tío: *“En vez de ir al cuartel te quedas en casa de tu tío, que es de mi plena confianza y ya te avisaremos cuando tengas que incorporarte en el cuartel”*

Así fue, me quedé en casa de mis tíos. Por lo menos veinte días, tardaron en avisarme que tenía que incorporarme al cuartel.

No sabéis de lo que me libré en esos días. Todos los que se incorporaron en Huesca en zona Roja, por haber estado en esa zona, los llevaron a campo de concentración, mezclados con los prisioneros de guerra, donde lo pasaron muy mal. Allí los tuvieron hasta que llegaban informes del Ayuntamiento, como que durante la dominación Roja, no se habían destacado en nada y que eran muy buenas personas.

De todo eso me libré gracias al tío Joaquín, que no fue poco.

Ya una vez en el cuartel, pues como los demás soldados que allí estaban; instrucción y manejo de armas todos los días, hasta que llegó el día 31 de Octubre que nos mandaron al frente de batalla a Villa Real, provincia de Castellón. Le llamaban el frente de Valencia.

Marchamos de Zaragoza en camiones, una caravana grande de reclutas por Morella a Vinaroz. Allí dejamos los camiones y nos pusieron en el tren hasta Villa Real donde estaba el mando de la División 55 que íbamos destinados. Una vez allí pasamos la noche esperando el destino que nos darían. Allí nos distribuyeron. Tantos a una compañía, tantos a la otra. A mi me mandaron por un pueblo que se llamaba Vechi, en la falda de la sierra de Espadán, donde se encontraba el frente.

La sierra de Espadán era una sierra larga hacia arriba, unas montañas bastante elevadas. A mi me tocó hacia abajo donde casi termina la montaña en el llano por Villa Vieja de Nules. Allí llegamos a las trincheras, donde estaban los que en adelante serían nuestros compañeros, los veteranos. A nosotros nos llamaban los “quintos” o los del “biberón”, pues la verdad, muy jóvenes si que éramos. Acabábamos de cumplir los 18 años. Allí en la trinchera nos decían: *“Mirad, allí enfrente están los Rojos, no os dejéis ver porque os tirarán tiros”*

La verdad es que nosotros no sabíamos nada de todo aquello y hacían bien en avisarnos.

Luego ya se empezó a sentir algún disparo de fusil y de ametralladora. El miedo ya se hacía notar en nuestros ánimos. Nosotros escasamente habíamos disparado algún tiro de fusil en el campo de tiro, en instrucción. Afortunadamente aquel era el frente tranquilo por entonces. Nos encontrábamos frente al castillo de Valldeuxó, era un monte alto y en la cima se encontraba el castillo, donde los Rojos nos podían divisar bien. Era una posición clave para ellos y los Nacionales pensaban arrebatárselo en cuanto pudieran. Efectivamente, se

empezó a ver por allí, por nuestra posición mucho movimiento de jefes, Coroneles, algún General.... Nos dijeron los veteranos: *“Quintos, ataos las botas, cuando se ven estrellas por aquí es que está cerca la tormenta”*

A los pocos días ya se notaba movimiento de tropas por allí. Llegó una noche y nos dieron más municiones, incluido bombas de mano y alguna lata de conserva para que la pusiéramos en el macuto, pues - *“os puede hacer falta”* - nos dijeron. Así fue, a la mañana siguiente antes de hacerse de día, nos despertaron y todos a formar con todo el equipaje.

A lo que quería despuntar el día empezó la artillería nuestra a disparar sobre el castillo de Vallduxó, sin compasión. Yo que sé los cañones que disparaban a la vez y sin cesar sobre aquel castillo. Parecía una inmensa hoguera y humo, todo el “mogote” cubierto de explosiones y acto seguido nos mandaron: *“¡Adelante!”* Escasamente se podía ver donde poníamos los pies. - *“Sin hablar una palabra”* - nos dijeron. Y cuesta abajo para llegar a la falda del monte, donde estaba el enemigo, mientras ya empezaron a disparar ellos sus armas y las balas silbaban por nuestras orejas sin parar. ¡Qué miedo teníamos los quintos! Fue de horror.

El teniente no paraba de gritar: *“Adelante, sin parar que ya son nuestros”*

Empezamos escalando la ladera del castillo en medio de un ruido infernal de cañones, ametralladoras, fusiles y bombas de mano que nos tiraban ellos. Alguno de los nuestros había podido llegar por detrás del castillo hasta donde ponían más resistencia los Rojos. Al verse rodeados se rindieron como es de suponer. Paró el tiroteo. ¡Qué alivio sentí entonces! Pues yo todavía estaba escondido detrás de una roca.

Empezaron gritando *“¡ya se han rendido los Rojos, todos arriba!”*. Y con apuros pude llegar al castillo.

Ya era al atardecer, no habíamos comido ni bebido en todo el día. La sed nos apuraba de mala manera. El comer no me preocupaba por entonces, sólo tenía sed, no podía más.

Al llegar al castillo, como yo llegué de los últimos, el teniente ya tenía formados de uno a los soldados rojos que se habían rendido, desarmados les fue quitando de uno en uno el cinturón de los pantalones y seguidamente de un tirón les hacía saltar los botones del pantalón para que se les cayeran. Así tenían que sujetar los pantalones con la mano para que no pudieran escapar corriendo. Era una estratagema que se usaba en el frente con los prisioneros para que no pudieran escapar. Un par de soldados los conducían al puesto de mando y no pudieran escapar.

Claro, yo me quede extrañado, como era quinto, no había visto tal cosa.

Después con los compañeros mirando lo que habían dejado los Rojos por allí encontramos dos bidones de agua, nos lanzamos todos sobre ellos, pues la sed nos devoraba a todos. El teniente gritó: *“¡Quietos, no bebáis que puede estar envenenada!”*. Pero no le hicimos caso. Nos lanzamos todos al agua y en poco rato los dejamos secos. ¡Qué alivio sentimos! Se supone que era el agua que tenían ellos para el suministro de la posición. Por supuesto no estaba envenenada.

Seguidamente había que pensar en parapetarse en la posición conquistada, pues había que pensar que los Rojos contraatacarían en cuanto pudieran. Era cosa que siempre sucedía y aquella posición era vital para cualquier bando. Ya se hacía de noche y el suministro nuestro no había llegado, y lo peor era que los mulos que venían cargados no podían llegar al castillo por lo abrupto del terreno; así que tuvimos que salir nosotros a su encuentro y como se podía, un poco de carga cada uno y al castillo. Viajes y más viajes, había que repostar la posición por lo que pudiera ser.

Algunos compañeros y yo no podíamos más, pero fuimos resistiendo como se podía. Aquella noche, comimos y bebimos, pues ya había allí de todo lo imprescindible. Descansamos un rato. Había que vigilar mucho. Como temíamos, al amanecer, ya estaban allí los Rojos contraatacando, con bombas de mano y toda clase de armas que disponían. Se

armó un buen fregado pero al fin se fueron retirando, pues les podíamos en armamento. En cuanto se hizo de día se fueron retirando como podían, pues nuestra artillería no los dejaba mover. Terminó aquella escaramuza y nos dejaron más tranquilos.

Pienso que tengo que reseñar el precio que nos costó la operación aquella. De mi compañía hubo 33 bajas (3 muertos y 30 heridos, algunos de ellos muy graves). De otras compañías también hubo bastantes bajas y algún muerto. No sé el número exacto.

En nuestra compañía hubo mas bajas que de las otras, pues éramos los que atacábamos de frente al castillo y los otros por los flancos.

En la mañana siguiente, cuando contraatacaron los Rojos fue al contrario, los otros estaban delante y nosotros de reserva. También el día del contraataque hubo 6 heridos graves de un cañonazo de los Rojos. En nuestra compañía no hubo bajas.

Aquello ya se quedó tranquilo y nos encontrábamos bien en el castillo. Los Rojos ya no nos molestaron mas salvo algún tiroteo sin importancia, como hacíamos nosotros cuando nos parecía. Les mandábamos unos tiros de saludo para que supieran que estábamos allí. Ellos estaban en desventaja con nosotros. Desde el castillo se divisaba una llanura inmensa. Los naranjos, entre verde y rojo de las naranjas. Daba gusto verlo.

Debajo del castillo se divisaba el pueblo de Vallduxó. Allá más lejos en una inmensa llanura se encontraba Nules, una ciudad bastante grande que todos los días la bombardeaba la aviación nacional, así como muchos pueblos más pequeños. Hasta Valencia podíamos ver. Teníamos desde allí una vista enorme de llano y también se divisaba el mar a lo lejos. Allí continuamos hasta que se terminó la guerra, sin más sobresaltos.

¡Qué alegría sentimos todos! cuando llegó el Teniente y dijo: “*Muchachos, LA GUERRA HA TERMINADO*”

Al fin LA PAZ.